

os dirige algunas palabras; pasais más lejos, y tomais partè de la conversacion general; en cuanto á él, permanece en su puesto; así lo exige la costumbre que le prohíbe igualmente sentarse durante la reunion. Al salon del cardenal sigue la sala del trono; ésta es una pieza ricamente decorada, en donde se encuentra, de rigor, el retrato del Santo Padre. Abajo del retrato y vuelto hácia la pared, está un gran sillón exclusivamente reservado al soberano Pontífice.

Entretanto se esperaba con impaciencia el sombrero que debía ser llevado con gran pompa. Como á las siete salió del Vaticano un coche del Papa que conducia á dos prelados domésticos encargados de llevar la insignia del cardenalato. Entraron llevando el sombrero en un plato de plata, y habiéndolo depositado en una mesa detrás de la cual estaba el cardenal, uno de los prelados le dirigió una locucion propia del caso. El nuevo electo repondió y recibió, despues de salir los mensajeros de la gracia, las felicitaciones de todas las personas presentes, á quienes se obsequió con helados, que nos parecieron oportunos, á pesar de que estábamos en pleno invierno. Esta fiesta, notable por el buen gusto y la noble sencillez que en ella reinó, tiene, como la mayor parte de las solemnidades romanas, el privilegio de elevar el alma á los más altos pensamientos. Ver todo lo que el mundo tiene de más poderoso y de más rico, rendir homenaje á los príncipes de esta Iglesia, en otro tiempo oculta en las Catacumbas de esa misma Roma, y perseguida por los grandes y por los Césares de aquellos tiempos, ¡qué extraño espectáculo! Entre los triunfos del Capitolio y las elecciones del Vaticano, hay un abismo, y este abismo no ha podido llenarse, sino con el mayor de los milagros.

## 28 DE ENERO.

Segunda parte del triunfo—Mercado de esclavos.—Condicion del esclavo.—Empleos.—Tratamientos.—Esclavos fugitivos.—Castigo.

Antes de ayer habiamos leído la primera página de la historia de los triunfos; habiamos visto á las naciones despojadas y encadenadas marchar al Capitolio; sus riquezas, sumergidas en los vastos tesoros de la reina del mundo ó arrojadas como pasto á su pueblo de sybaritas; habiamos asistido á la muerte ignominiosa de Simon, hijo de Gioras, que habia pagado con su cabeza, como la mayor parte de los reyes y de los generales vencidos, su valerosa oposicion á la dominacion romana. Pero ¿qué se ha hecho de todo aquel pueblo de prisioneros, destinados como él á adornar el triunfo de Tito? Inmóviles al pié del Capitolio, esperaban con estupor el decreto de los Césares. Habrá sido dulce sin duda, porque Tito es llamado las delicias del genero humano. A fin de juzgar por nosotros mismos, nos dirigimos á buena hora al «Forum» romano; y abriendo los autores de aquellos tiempos, vimos lo que sucedia al día siguiente de los triunfos; ésta es la segunda página de su historia, ó más bien, el repugnante reverso de la brillante medalla.

Y bien, ¿qué sucedia con los prisioneros notables? los que no eran inmolados ni á Júpiter Capitolino, ni á los manes de los vencedores, se les guardaba en una prision, no en Roma, sino en alguna ciudad fuerte del interior 1. En cuanto á aquellos á quienes su rango ménos distinguido, su influencia personal ó su extrema juventud no les hacian temibles, se les concedia «algunas veces» la libertad 2. Más frecuentemente

1 Tit. Liv., XLV, 42; Polyb., XVI, 5.

2 Appian, *de bell. Mithrid.*, p. 418.

se les daba por prision Roma, en donde confundidos entre la multitud de los ciudadanos, debian proveer por sí solos á sus necesidades 1. Véamos ahora cuál era la suerte de los prisioneros vulgares, es decir, de las poblaciones enteras, llevadas como un vil botín.

Con el fin de apreciar el respeto del paganismo hácia la humanidad, quisimos seguirles en las diferentes facies de su existencia, desde el día de su llegada al pié del Capitolio, hasta el momento de su muerte. Unos eran destinados al anfiteatro, y debian divertir al pueblo-rey con el espectáculo de sus dolores. Otros estaban destinados á la esclavitud y á ser vendidos en almoneda; y el producto de la venta iba á enriquecer el tesoro del imperio 2.

Hácia el centro del «Forum» no lejos de la «Grecostrasis», de la cual están aún en pié algunas ruinas, se levantaba el templo de Castor y de Poyux 3; allí tenia lugar el gran mercado de esclavos. Los trahentes revendian allí en pormenor la carne humana que habian comprado por mayor á la república 4. Aquí fueron vendidos nuestros padres, nuestras madres, nuestros hermanos y nuestras hermanas, por que ni la edad ni el sexo se tenian en cuenta; la victoria se habia hecho la proveedora general de la servidumbre 5. Al día siguiente del triunfo, en toda la longitud de la fachada del templo y de los pórticos vecinos, habíanse levantado cadalsos y en ellos se veian hombres, mugeres, jóvenes de ambos sexos, niños y niñas 6. Todos en un estado casi completo de des-

1 P. *Æmil.*, 59.

2 Tacit., *Hist.* III, 34; Tit. Liv., VI, 4; Plutarch., *M. Cato* 43; Tit. Liv., c. V, 53; Valer. Max. VI, 5, 1.

3 Senec., *de Consol. sapient.*, 13.

4 Tit. Liv. II, 17, *Cic. ad Attic.*, IV, 6; id. *Halycarn.* IV, 6; id. *de Bello Gall.* VII, 89.

5 *Cæs. de Bell. Gall.*, III, 13; Plutarch., *M. Cato*, 43.

6 Plin. XXXV, 18, etc., etc.

nudez, tenian un pequeño rótulo suspendido al cuello; algunos llevaban en la cabeza un gorro de lana blanca, y otros una corona de hojas. La mayor parte tenian los piés desnudos y frotados con creta ó con yeso 1.

Un hombre de un rostro innoble y de un aire brutal y grotesco, se paseaba delante de cada cadalso, y dirigiéndose á la multitud con una volubilidad y una seguridad imperturbable, exclamaba: «Nada me obliga á vender, ciudadanos; yo no soy rico, es verdad, pero á nadie debo nada. Otro no os los venderia á ese precio, y yo no los daria á otros, sino á vosotros, ilustres Romanos. Hé aquí, continuó, designando á un jóven; examinad cuán bello es; qué bien formado de los piés á la cabeza; os garantizo su frugalidad, su probidad, su docilidad; obedece á la menor señal; es como la arcilla de que se puede hacer todo lo que se quiere. Sabe algo de griego y os cantará tambien en la mesa aun cuando no haya música.» Luego, golpeándole en las mejillas, decia: «¡Oid como suena! ¡qué carne tan firme! nunca la enfermedad hará presa aquí. Ciudadanos, yo lo daré por ocho mil sestercios; esto es casi nada» 2.

Pasando en seguida á otro muchacho: «Vamos, tú, le decia, haz ver tu gentileza á los señores del mundo;» y el pobre muchacho se ponía á saltar, á dar vueltas, á brincar en el tablado y á hacer mil arri-macos para tentar á la multitud que le miraba. «¡Es listo! ¡es bonito! ¡es gracioso!» añadía el hombre. «Pero entrad á mi taberna, ciudadanos, y vereis lo mejor. Esto no es más que la muestra; todo lo que tengo de más raro, de más bello, de más delicado, de más admirable, está en mis ta-

1 Senec., *Ep.* 45; *Aul. Gell.*, IV, 2; id., VII, 4; Tit. Liv., XXIV, 16; *Aul. Gell.*, id.; Plin., XXXV, 17 *Juv.*, VIII, 1; V, III.

2 Horat. *Epist.* II, 2, vers. 2; *Digest.*, XXI, tit. I, leg. 19, 2; Pers., *Sat.* V, 77.

blados interiores; dignaos entrar, ciudadanos, dignaos entrar" 1.

Este innoble principio no era para el esclavo más que el preludio de ignominias y de crueldades mayores que se le esperaban. Una vez vendido y pagado, se hacia en cuerpo y alma propiedad de su señor; ninguna ley, ningun artículo de ley, habia para proteger su vida, su virtud. Segunda especie humana, tan vil como nula, cosa, y no sér inteligente, incapaz de toda propiedad, sin patria, sin familia, sin ninguna diferencia legal entre él y las bestias, vive, muere, á voluntad del déspota que tiene los piés sobre su cuello y que hace de él, el juguete de todos sus caprichos 2. Sér despreciado, al cual le habla el señor, para no profanar su palabra, por medio de signos, ó por escrito, ó á golpes. Verdadero pillo de esos que son azotados en las cárceles, cuya vida tiene la ley en tan poco, que tratándose de una causa judicial, ya se le presente como acusado ó como testigo, no se le interroga sino en el caballete; y cuando lo pide algun abogado, su señor lo envía sin dificultad al tormento, exigiendo solo una caucion por el menoscabo que en él pueda sufrir 3. Y sobre aquel señor que tiene su vida en sus manos, y que lo puede romper como si fuera un vaso, el esclavo debe velar como por la niña de sus ojos. Desgraciado de aquel que haya muerto á su señor; la ley quiere que todos los demas que estén presentes en la casa, inocentes ó culpables, sean entregados al suplicio y á la muerte 4. Tal

1 Stat. Sylv., II, 1, V, 72; Mart., IX, 60; Senec., Ep. 47.

2 Servi per fortunam in omnia obnoxii, quasi secundum hominum genus sunt. Flor., III, 20; Digest., leg. III de *Capite minutis*; Caius, *Instit.*, 1. 52; Juv., *Satyr.* VI, vers. 219.—Caput enim servile nullum jus habet, caret nomine, censu, tribu. Paul. lib. III, de *Cap. diminut.*

3 Senec., *Ep.* 47; Tacit. *Ann.* XIII, 23; Paul. Sentent., V, 16 § 3.

4 Cic. ad Tánzil., IV, 12; Digest., ad *S. G. Sillanianum* leg. XIII.

es el yugo de hierro que le sujeta y que pesará sobre él hasta su último suspiro....

Entretanto, estará condenado á todos los oficios más penosos y más bajos. Para juzgar mejor de su condicion, sigámosle á la casa de su señor; más de ciento veinte empleos le esperan á él y á sus compañeros de infortunio; nombremos algunos de ellos. Pasamos ya el umbral de la puerta, y estamos en el vestíbulo; á la derecha y á la izquierda ved dos nichos; en el uno está un perro, en el otro está el esclavo "Janitor." Está encadenado, y si la casa cambia de señor, será vendido con la casa, como si estuviese invenciblemente adherido á la pared en que está fija y sellada su cadena, y como si formase parte integrante de la construccion 1. A pocos pasos se presentan los barredores (mediastini, scopatores); unos están en pié sobre banquillos; otros están encogidos en el suelo; todos con la escoba, el cepillo, el pedazo de púrpura ó la esponja en la mano, dejan limpias como cristales, las columnas de mármol del pórtico y el mosaico del átrio 2. En el ángulo del atrium está el "atriensis," esclavo encargado de guardar los armarios ("armaria") en donde están encerrados los registros de la casa y las imágenes de los antepasados 3. Bajemos á las cocinas. En esas piezas importantes de las casas romanas, hay una multitud de esclavos; cuyo único cuidado es inventar y dejar listos manjares capaces de despertar el gusto ya extenuado de los Apicius. El cocinero ("coquus") prepara las viandas, y á fuerza de paciencia llega á servir un puerco entero, cocido por un lado y asado por el otro; el pastelero ("pistor dulciarius") hace sus pasteles perfumados con todos los aromas de la Arábia y de la In-

1 Suet., de *Clar. Rethor.*, 4; Appian, de *Bell. civ.* IV, 971.

2 Vitruv., lib. VII, c. 4; Horat., liv. II, *Sat.* VIII.

3 Varr. lib. VII, de L. L.

dia; por temor de que el sudor caiga en el pastel, se le obliga á ponerse un velo en la cabeza, mientras trabaja 1. El lactario ("lactarius") le da la crema y la leche; el placentario ("placentarius") le da los instrumentos que necesita; el pomario ("pomarius") suministra las manzanas y el "forcarius" mantiene el horno al calor conveniente; el celario ("cellarius") guarda las bebidas preparadas en el oficio; el "permarium" preserva de las moscas y del polvo, el aceite, la salsa, la miel, y en general todo lo que debe ir muy pronto á la mesa; pero desgraciados de ellos si un solo manjar carece de sabor ó de perfume! Un gusto ejercitado debe presidir á la eleccion de los alimentos; el gustador ("obsonator") está encargado de esta peligrosa operacion.

Ya preparado el almuerzo, mirad venir á los invitadores ("invitatores, vocatores") que pronuncian los nombres de los convidados, mientras los "infertores" llevan los manjares arreglados con simetría á las mesas con los ("structores.") Los convidados se extienden muellemente en sus lechos cubiertos de plumas y rosas preparados por los lecticarios ["lecticarii lectisterniatores."] El ujier de vianda ["scissor, carpator,"] corta las viandas que los distribuidores ["distributores"] ponen en platos de oro y el pan en cestas de plata. Pero en el paso de la cocina al "triclinium," ha podido evaporarse el perfume de los manjares; el "prægustator" está allí para asegurarse de si pueden ser presentados con confianza. Entre las mesas circulan los copeiros ["pocillatores"] que dan de beber á los convidados el vino de Falerno, mezclado con aromas, en copas de oro enriquecidas con piedras preciosas. Tras ellos marchan los "vicarios" que presentan en vinajeras de oro y de plata, agua tibia y agua fria ["calidæ gelidæque ministri."] Cerca de

los lechos están en pié elegantes jóvenes esclavos, con la cabeza adornada con un gracioso turbante y las piernas y brazos desnudos. Cada uno tiene su oficio; el uno, colocado en la cabecera del lecho, tiene una rama de mirto, y espanta las moscas; los otros, encorbados á los piés de los bebedores ébrios, enjugan las innobles señales de su intemperancia ["mensarum detersores"] 1.

Diez, quince, veintidos servicios se han sucedido, y á pesar de lo avanzado de la hora, que indica cuidadosamente el "nomenclator," en despecho del sueño que le agobia, el servicio del esclavo no acaba. Aun pasará todavía mucho tiempo para que tome el descanso y el pan necesario para su vida; poco importa que muera, con tal que su señor se dé gusto. La sala brilla con mil antorchas traídas por los "infertores;" se hacen oír las sinfonías; hé aquí grupos de jóvenes esclavos que vienen á ejecutar danzas lascivas y á cantar al sonido de los instrumentos la gloria de sus buenos señores y las "nobles" pasiones de que están poseidos sus corazones, "citharædi, symphoniaci, chorantes" 2. Pero la voluptuosidad es seguida siempre de una inseparable compañía. A las danzas lúbricas y á los cantos obscenos, sucede un espectáculo trágico. Son introducidos los gladiadores, la mayor parte esclavos desgraciados, culpables de haber querido sustraerse por la fuga á la barbarie de sus amos. A vista de aquellos espectadores ébrios de vino y de desórdenes, brillan las espadas, chócense unas con otras, la sangre humana corre en olas y el clamoreo de los moribundos se mezcla á los frenéticos aplausos de los convidados 3.

1 Martial *Egip.*, lib. III, 41; Senec., de *Ira* c. 25.

2 Capitol., in *Callian*, Sidonius. lib. IX, ep. 13.

3 Tacit. *Annal.* lib. I.

1 Apul., lib. X *Metam* Athenceus, lib. XII.

Del triclinium, pasad à los baños, á las alcobas de los señores, á los jardines, á los establos, á todas las partes de la casa, de la ciudad y del campo; no olvidéis ninguno de los empleos domésticos, por bajos y viles que sean; inventad nuevos, desconocidos, inauditos, y estad seguro de hallar entre aquellos señores ricos, altaneros, y voluptuosos hasta el exceso, un esclavo encargado de llenarlos 1. Para saber hasta dónde el orgullo pagano hacia descender al esclavo que era un hombre y tenia una alma inmortal, leed entre mil, el epitafio siguiente que vimos nosotros en un mármol antiguo:

OSA  
AURELIÆ LIVIÆ AUG.  
SER. A. CUR. CAPELLÆ.

«Huesos de Aurelia, esclava de Livia, mujer de Augusto, encargada del cuidado de su perrita.» En el ejercicio de todos estos empleos, tan viles, tan degradantes, tan repugnantes tambien, desgraciado del pobre esclavo culpable de la más lijera negligencia ó de solo la apariencia de ella ó de una distraccion, ¿qué digo? culpable de un suspiro, de un estornudo, de un bostezo durante las sinfonías que acompañan las orgías nocturnas de sus señores 2. El orgulloso Romano, la soberbia matrona que en las circunstancias ordinarias no se digna dirigir la palabra, pero le intima sus órdenes sonándole los dedos, le habla en

1 Plinio traduce este hecho con gran energia: «No andamos ya con nuestros piés, no vemos ya con nuestros ojos, ya nuestra memoria no retiene los nombres de nuestros amigos; vivimos por el cuidado de nuestros esclavos.» *Alienes pedibus ambulamus, alienis oculis agnoscimus, aliena meminisse salutamus aliena vivimus opera.* Lib. XXIX, c. I.

2 *At infelicibus servis movere labra ne in hoc quidem ut loquantur licet, virga murmur omne compeccitur; et nec fortuita quidem verberibus excepta sunt; tussis, sternutamenta, singultus, magno malo ulla voco interpellatum silentium luitur; nocte tota jejuni mutique perstant.*—Senec., *Epist.*, XLVII.

caso de torpeza á varazos, ó con el látigo, ó con un baston. Asan sobre su cabeza la haba mal cocida; el viejo Caton le desgarró la espalda á azotes, porque es demasiado espacioso; Augusto le crucifica por haber matado una codorniz favorita, por haber roto un vaso; Polion le arroja vivo á sus lampreas, y no tiene el derecho de quejarse. Así pasará su triste existencia; luego, cuando esté viejo ó enfermo, se le venderá á un señor más pobre, y por consiguiente más duro. Este era el consejo y la práctica del virtuoso Caton: «Sé buen ecónomo, dice él, vende á tu esclavo y á tu caballo, cuando estén viejos;» 1 ó lo que es más cómodo y ménos bárbaro, se le enviará á la isla del Tíber, abandonado á la gracia de Esculapio. Si se le quiere dejar envejecer en la casa, se le encerrará en su estrecha celda, «cella,» hasta el dia en que cuatro de sus compañeros de servidumbre, elegidos de entre los más despreciados, vengán á llevar su cadáver á algun rincón vil de los Esquilios 2.

¿Ha querido sustraerse por la fuga del yugo intolerable que pesa sobre él? Pues al punto un pregonero público da sus señas por toda la ciudad: «Hace pocos momentos que un esclavo se ha fugado de los baños, tiene cerca de diez y seis años, los cabellos rizados, es fresco y bien hecho, se llama Gyton; aquel que lo devuelva ó lo descubra, tendrá mil escudos de recompensa 3. «Si cae en poder de su señor, sufrirá desde luego una sangrienta flagelación; luego con su fierro le marcarán la frente con las dos letras (I, O) y F, iniciales griega y latina de la palabra fugitivo («fugitivarius;») ó bien le figurarán alrededor del cuello un collar de hieirro con estas palabras: «Tene me quia fu-

1 Plutarch., *in Cat.*, c. V.

2 Horat., lib. I, sat. VII:

..... angustis ejecta cadavera cellis  
Conservus vile portanda locabat arca.

3 Petr.

gi, et revoca me domino meo N.» «Détenme, porque me he fugado, y devuélme á mi señor N.» De esos collares de la servidumbre, monumento horrible de la barbarie pagana, llegaron muchos de ellos á nosotros, para instruccion de los siglos modernos. Nosotros vimos tres en un museo de Roma. Pero aquellos estigmas y aquellos collares de fierro, son todavía un favor; comunmente los leones del anfiteatro ó la lanza de los gladiadores, castigaron al infortunado fugitivo 1.

Tal era la suerte de la mayor parte del género humano, la víspera del dia en que apareció el cristianismo; tal el resumen de la legislacion, de las conquistas y de las pompas triunfales de la antigua Roma; tal es tambien el último rasgo con el cual damos término á su historia.

## 29 DE ENERO.

Roma puramente cristiana.—Carácter de la caridad romana.—Mapa del dolor.—Caridad romana con el recién nacido y el huérfano.—Hospital del Espíritu Santo.—Descripción de este hospital.

El triunfo, es decir, las pompas del Capitolio y el mercado del «Forum,» nos habian dado la primera palabra de la sociedad pagana. ¡Roma antigua! soberbia reina de la fuerza, ya te conocemos al fin en tus obras y en tu espíritu. Ya era tiempo de buscar un espectáculo más dulce, estudiando tambien en su espíritu y en sus obras á Roma cristiana, la madre de los pueblos y reina de la caridad.

Hé aquí un nuevo viaje que ningun turista ha hecho, y cuyo itinerario no señala ningun guía; por eso está lleno de encanto y de interes. De esta omision más

1 Aul Gell., lib. V, c. 14. Véase sobre los esclavos el Tratado de Pignorius, *de Servis et de eorum apud veteres ministeriis*, in-4.º Augustæ Vindelici, an. 1614.

ó ménos volteriana, ¿qué ha resultado? Roma, reina de las artes, es admirada de todos; Roma, madre de los pobres y modelo de las naciones, es calumniada; sus obras, más bellas que sus monumentos, han sido desconocidas; y el espíritu divino que les dió la existencia, apénas entrevisto por algunos, es el objeto de los sarcasmos del mayor número. Porque no participa de la vida facticia, ni de la actividad febril de los pueblos industriales, se la llama muerta. Nada se la da de ello; la Roma de Gregorio XVI es siempre, y en un sentido más noble que la Roma de Augusto, la madre de los hombres y la alimentadora de las naciones: «Alma parens virum... magna frugum.» La caridad es la vida de las ciudades y de los pueblos; pues bien, la caridad corre desbordada en las venas de Roma cristiana, ella es su instinto, y por decirlo así, su esencia propia. El hombre habituado á reflexionar, no debe admirarse de que así debe ser. La ciudad de los Pontífices, centro de la fe, debe ser el foco del amor; la lógica lo dice ántes que los hechos lo establezcan. Además, hombres, quienes quiera que seais, si he de rogaros alguna cosa, será la de no dejaros imponer este axioma «á priori.» Consentid no más, en viajar con nosotros, y el axioma ocupará en vuestro espíritu, bajo la forma de consecuencia, el lugar que merece.

«Salimos á buena hora de la Propaganda y nos dirigimos hácia el castillo de Sant-Angelo, pasando por la plaza del Pueblo y el mausoleo de Augusto; esto quiere decir que habíamos tomado el camino de los escolares. Para sacar provecho de nuestro largo paseo recogimos las señales aisladas, que reunidas, forman el carácter prominente de la caridad romana, cuyas obras íbamos á estudiar.

«Católica,» tal es el signo distintivo de la fe, cuyas luces bajan incesantemente